

tras al cacique de lo mucho que lo agradecia, y mandó marchar al ejército. Entonces el cacique tomó la rienda del caballo á Guzman, y dió orden á los suyos que puestos en fila fuesen bailando hasta llegar á su pueblo, lo que ejecutaron ellos con buena voluntad, cantando y tocando sus rústicos instrumentos, que hacian una música temeraria: pasaron el rio por el vado que ellos enseñaron, y llegados, aposentaron á los españoles en unas casas grandes muy aderezadas de esteras ó petates de palma, muy enramadas y perfumadas del copale de la tierra; y este dia era el de S. Felipe y Santiago, primero de Mayo del año de mil quinientos treinta y uno.

Al buen recibimiento y hospedaje se siguió la muchísima comida, en la cual se manifestaron estos indios tan generosos, que habiéndole hecho fuerza á D. Nuño de Guzman para que se dilatase diez dias en su pueblo, en todos ellos mantuvieron el ejército, que se componia como ya he dicho de veinte mil indios y quinientos españoles, con tanta abundancia de carnes, pescados, tortillas y pinole, y de maiz y zacate para los caballos, que todos se maravillaban, y al fin recogieron los españoles mas de trescientas hanegas de maiz que sobraron; cosa que pone espanto y da bien á conocer la muchedumbre de gente que poblaba aquellas tierras.

Desde este pueblo de Iseuintla envió el gobernador sus embajadores al señor de Zentispac que se llamaba Ocelotl, que quiere decir tigre, el cual tenia cuatro hijos, llamado el uno Tamazolin, que quiere decir sapo; el otro Coatl, que quiere decir culebra; el otro Xuile, que quiere decir pescado bagre; y el otro Cocolixicotl, que quiere decir abejon. Era este señor tan generoso, que hasta entre los coras y tepehuanes tenia pueblos tributarios que le pagaban en oro, plata, miel y algodón, y para el servicio de su casa tenia doscientos indios y cien indias; mas luego que oyó la voz del rey de Castilla, inclinó la cerviz al yugo suave de su vasallo, y vino hasta Iseuintla acompañado de sus tres hijos los menores á rendir la obediencia en manos del gobernador Guzman. Este le recibió con grandes muestras de amor, y él se volvió luego á su pueblo á disponer el recibimiento, que fué suntuosísimo, porque salió una infinidad de indios muy galanes y aderezados de plumas de diversos colores, con sargas de caracoles en la garganta y zarcillos que usaban de azabache, y eran tantos, que apenas daban lugar de caminar al

ejército, y todos iban bailando y cantando hasta llegar al pueblo; y ya que estaban en la orilla salió el cacique Ocelotl, que era un indio muy alto y membrudo, y para el recibimiento se vistió uno como gaban de manta sembrado todo de plumas de diversos colores, y por capa un cuero de tigre muy grande con la cabeza encajada en la suya, que le servia como de morrion: en la sarta de conchas que llevaba al cuello tenia una como venera de oro; y llegándose al general le dió la bienvenida con gran cortesania, y le puso al cuello la sarta de conchas que traia al suyo: prosiguieron despues marchando hasta llegar á la casería que estaba tan bien dispuesta como la de Iseuintla, y no fué menos el desempeño en la comida.

Agradó tanto á D. Nuño de Guzman esta florentísima provincia, que la nombró Castilla la Nueva de la Mayor España; pero pidiendo al Sr. Carlos V que lo confirmase, no quiso S. M., sino que mandó que toda su conquista se nombrase la Nueva Galicia, como la de D. Fernando Cortés se llamó toda Nueva España, y que fundase una ciudad intitulada Compostela y Santiago de Xalisco, á la cual concedia todas las libertades, fueros y privilegios que tiene y goza la de la Galicia antigua. Estúvose en este pueblo de Zentispac D. Nuño de Guzman diez dias, y en este tiempo los indios que traia consigo iban tan ensoberbecidos con el título de conquistadores, que despreciando sus mandatos de no hacer mal á los indios de la tierra, desparramados por el valle quemaron muchas caserías ó hicieron otros daños á sus habitantes; pero lo pagaron bien, siendo ahorcados muchos de ellos en aquellos árboles.

CAPÍTULO X.

De la conquista del valle de Acaponeta, y un gran diluvio que allí cogió al ejército cristiano.

Una de las tierras que mas lloran la desolacion de sus antiguos moradores en este reino, es el gran valle de Acaponeta, donde mostrando las señales de sus muchas poblaciones, mueven á lástima á cuantos la miran. Tenia, entre otros, un pueblo numerosísimo llamado Atzatlan; y á este, luego que llegó D. Nuño de Guzman, lo fué llevando á fuego y sangre, con tanto rigor que le

dejó casi acabado, y lo mismo hizo en otro pueblo llamado Comitl; los cuales hallándose en tal conflicto se juntaron, y con haber sido tanta la mortandad que se cubrieron aquellos campos de muertos, se hallaron hasta diez mil vivos; y guiados de su cacique Xaotame (este despues de bautizado se llamó D. Luis), llegaron ante D. Nuño de Guzman, y puestos de rodillas le suplicaron aplacase sus enojos y les perdonase si en alguna cosa le habian faltado, que ellos querian de buena voluntad ser vasallos del rey de España: movióse á compasion al ver este rendimiento D. Nuño de Guzman, y los recibió de paz y prometió no se les haria mas mal; de lo cual quedaron ellos tan gustosos, que se soltaron bailando y cantando todos, hombres, mujeres, niños y ancianos, con tan expresivas demostraciones, que parece que ya se despedian, pues habian de consumirse tan en breve; y para mayor obsequio al general, trajeron dos tigres mansos y un caiman, y los soltaron en el patio de la casa, y hubo entre ellos una pelea de gran diversion, porque el uno de los tigres se subió sobre el caiman y lo comenzó á comer, y cuando él hacia su diligencia por quitárselo de encima, le dió el otro tigre tan fuerte manotada en la cabeza, que se la dividió por medio, y con esto quedó la victoria por los tigres, celebrándola con mucho gusto el gobernador y sus soldados. Á estos les mandó, quedándose él en el pueblo, que corriesen toda aquella tierra; y ellos lo hicieron así, unos hasta la costa del mar, y otros hasta la sierra, sujetando á todos los pueblos sin resistencia; por lo cual se volvieron con gran brevedad á dar noticia á su general, y él los recibió con mucho gusto de ver ya toda la tierra en tanta paz.

Pero á esta gran tranquilidad se siguió una tormenta tan deshecha de trabajos, que en ella naufragaron todos y se perdieron los mas; y fué la causa que como era tiempo de aguas, y aquella tierra tiene tantos y tan caudalosos rios, en lloviendo mucho salen todos de madre, con que se unen é inundan todos los campos, como se ha experimentado muchas veces; pero en esta ocasion fué con tanto extremo, que todo aquel valle en mas de dos leguas á la redonda se llenó de agua, sin que quedasen descubiertos sino solo algunos árboles grandes; y así se llevó la agua las tiendas de campaña y cuanto traia el ejército para su conducta; y se hubiera llevado á toda la gente, si subidos en los árboles no se hubieran puesto en

cobro; pero con todo, se llevó como la tercera parte de los indios cristianos, y á muchos de los que subidos en los árboles se libraron de ahogarse, la hambre los mató, y los que quedaron vivos era comiendo algun maiz que sobrenadaba, cuando llegaba hácia donde lo pudieran estirar. Duró este diluvio seis dias, y quedó la tierra tan cenagosa, que con gran trabajo pudieron retirarse á unas lomas donde secarse; pero estando en ellas sobrevinieron tales plagas de innumerables sapos y otras sabandijas, que no podia la gente entenderse; y lo peor fué que como era tanta la hambre, comenzaron muchos á comer de ellos, y se les soltaron cámaras de sangre, con las que murieron tantos indios del ejército, que de veinte mil que eran, con el diluvio, con la hambre y con la pestilencia quedaron muy pocos. Los españoles ya no sabian qué hacer, porque si el calor y las plagas de tierra caliente, aun á quien está acostumbrado á ellas se le hacen insufribles, añadidas á estas las accidentales que con el mucho llover entonces se aumentaron, principalmente la calamidad de la hambre, no es ponderable la grande afliccion en que estos hombres se vieron.

El mas afligido era el gobernador, viéndose con la mas gente muerta, y la que quedaba tan sin peltrecho ni ajuar, que hasta las armas y corazas tiraban por muy pesadas y enmohecidas, y así todo era una confusion, hasta que el famosísimo y muy valeroso capitán D. Cristóbal de Oñate se llegó y le dijo: «Señor, V. S. se anime y no se eche á morir por lo sucedido, que de tales accidentes ¿quién vive seguro en el mundo? y mas de los que á fuerza de sus infortunios y á costa de sus trabajos buscan honra y bienestar, como nosotros. V. S. no desmaye, que el hombre valeroso tan buena cara ha de hacer á la fortuna en siendo mala, como se hiciera en siendo buena; para estos casos se hizo el ánimo y la conformidad: busquemos, pues, parte mas cómoda donde hallemos mantenimiento y algun resguardo á las aguas, que pasadas estas, fácil será con la ayuda de Dios nuestro Señor reforzarnos de gente y lo necesario con que prosigamos la conquista.» Oidas estas razones cobró ánimo D. Nuño de Guzman, y sacudiendo de sí sus pesadumbres mandó que guiasen para Acajoneta; y la bondad infinita de Dios nuestro Señor dispuso que los indios de este pueblo los recibieran pacíficamente, y no solo ellos, sino los

de la sierra que eran muy indómitos y crueles, les traían maíz y carne con que pudieran mantenerse hasta salir de allí. Pasadas las aguas envió el gobernador al alguacil mayor Juan Sanchez de Olea para la audiencia de México, con cartas en que contaba sus trabajos, y pedia socorros de gente y bastimentos, y se los enviaron muy cumplidos, y con orden al dicho Juan Sanchez para que sacase de Tlajomulco, de la provincia de Ávalos y de la de Colima, hasta seis mil indios: hizolo así, y con tan buen despacho y mucha prontitud llegó á Acaponeta, siendo de su gobernador y de todos sus compañeros recibido con el placer que mas que decirse puede considerarse.

CAPÍTULO XI.

De la conquista de las provincias de Chametla y Culiacan, y la fundacion de la villa de San Miguel.

Aunque el territorio que hoy administra esta santa provincia de Xalisco solo llega hasta el pueblo de Acaponeta, pero como la conquista espiritual de toda la tierra adentro se debió á sus religiosos, me parece necesario dar alguna razon de la conquista temporal para que mejor se entienda la espiritual, que es el fin principal á que se dirige esta crónica. Reformado, pues, el ejército cristiano con los socorros de gente, municiones, alimentos y demas peltrechos de guerra que le vinieron, hizo el gobernador que revistase su gente, y halló estar los españoles cabales y haber ocho mil indios, con los que habian venido; y muy gustoso, dejando en paz y concierto al pueblo de Acaponeta y á los demas, partió para el valle de Chametla, saliéndole á ver al puerto de Peñuelas infinidad de gente: y habiendo llegado al llano de las Vacas, en él salieron muchos indios puestos en punto de guerra, y queriendo defender á sus tierras; pero á pocas escaramuzas los de á caballo rompieron sus escuadrones, con que se dieron por vencidos, y vinieron al gobernador pidiendo paz y perdon, dando por disculpa que habian hecho aquella demostracion solo por ver cómo corrían aquellos venados, que eran los caballos; pero que le suplicaban no entrase en su pue-

este pueblo los reñieran. Parece que faltan aquí las palabras la entrada.

blo hasta otro dia, porque querian recibirle como tan gran señor merecia. Estimólo mucho el gobernador, y en señal de agradecimiento quitó una pluma española de su sombrero y se la puso en el penacho al capitán de los indios, con lo cual quedaron ellos muy pagados y contentos, y se fueron á prevenir el recibimiento y hospedaje. Quedóse D. Nuño de Guzman á dormir aquella noche en el charco de los Caimanes, dos leguas antes de Chametla, aunque mas fué para velar, por el gran cuidado que le causaron los muchos fuegos que ardian, así en la sierra como en el mar, por ser esta señal de convocatoria; pero no se movió cosa alguna; y así amanecido el dia caminó el ejército para dicho pueblo, y una legua antes de llegar salió el señor de allí muy galan con un coselete de cuero de caiman, rodela de plumas de diversos colores, y cargando un tigrecillo manso, tambien engalanado. Venia el indio alcoholado y embijado con mucha bizzarria, y de la misma suerte mas de cinco mil que le acompañaban; y luego que llegaron hicieron calle para coger en medio al ejército cristiano, y acercándose el capitán á D. Nuño de Guzman se postró en tierra, y levantándose luego dió una grande voz al cielo, y poniendo la mano á D. Nuño de Guzman en el pecho, le dió la bienvenida y preguntó que si venia del cielo; y D. Nuño le respondió que de donde sale el sol, enviado de un gran señor que los queria reconocer por hijos y cuidar de ellos, si le daban la obediencia. El cacique respondió que de luego se constituia su vasallo, y juraba servirle con fiel voluntad. Y corriendo estas caravanas presentó á Guzman el tigrecillo y la rodela, y se asió de su estribo, caminando así hasta llegar al pueblo: los otros indios iban cantando y bailando al compas de música cerril, y con este gran festejo los dejaron en las casas del alojamiento que estaban bien aderezadas. Trajeron luego para la comida ostion y otros muchísimos géneros de pescado, con tanta esplendidez, que habia para cuatro campos mas del que traían. Y motivado de esto fundaron allí los españoles ese año, que era el de quinientos treinta y dos, una villa intitulada del Espíritu Santo; pero á los cuatro años se despobló, porque no hallando oro ni plata se fueron los mas á buscarlo al Perú. Estúvose allí el gobernador algunos dias interin corrían sus capitanes toda aquella tierra, uno hasta la mar y el otro hasta la sierra: hicieronlo ellos así con gran presteza; y hallando

en todas partes muchísimas poblaciones, en todas tomaron posesion sin resistencia de sus naturales.

De Chametla salió D. Nuño de Guzman en demanda de la provincia de Culiacan, marchando siempre el ejército por la costa del mar del Sur, y corriendo los capitanes desde la punta de Mataren hasta el rio Piastla, la sierra de aquella comarca, el valle de Mazatlan, y el rio que desde entonces se llamó del Espíritu Santo. En todas estas partes hallaron innumerables gentes, y toda la tierra llena de labores de maiz, de algodón y calabazas, aunque la de la sierra era menos abundante. Llegaron al pueblo del Ojo, que está tres leguas antes de Culiacan; el señor de él salió de paz á recibir á los nuestros acompañado de mas de diez mil indios, todos gente muy distinta de los que quedaban atrás, en el traje, policia, lenguaje y gallarda corpulencia, y fueron acompañando hasta el pueblo del Navito. Al rio de este pueblo salieron á recibir al ejército como cincuenta mil indios de guerra, armados de arcs y flechas, dardos de brasil, macanas de guayacan, que son unos palos con sus porras en las puntas y cuchillos de pedernal, vestidos de mantas matizadas y revestidos con pieles de leones y de tigres, y traian al cuello sartas de codornices, pericos pequeños y otros diferentes pajaritos. Hicieron la vénia al gobernador, y fueron guiando á su pueblo danzando y cantando por el camino, que tenían muy barrido y enramado, y con muchos sahumerios. El cacique se llegó al gobernador, muy admirado de ver el traje español, y le pidió que no le hiciesen daño, que él ni los suyos no pretendian guerra, sino paz: prometióselo así el gobernador, y al pasar el rio rompieron los indios un bosque que tenían plantado á mano, y en él muchos caimanes encerrados, los cuales luego que se vieron libres saltaron al rio, y los indios con gran destreza se les subian encima, flechaban y lazaban, lo que fué de tanto agrado para los españoles como el mejor torneo. Llegados al Navito, salió la señora mujer del cacique acompañada de otras muchas mujeres de los nobles, la cual vestia un huipil ó alcandora de algodón muy matizado, y sus aracadadas y gargantilla de caracoles y perlas quemadas: dieron toda la bienvenida al gobernador, y dejándole en la casa que le tenían bien dispuesta, se fué cada una á la suya.

Otro dia llamó D. Nuño de Guzman á los señores de aquella pro-

vincia, y les hizo un razonamiento muy discreto para que rindieran vasallaje al rey de Castilla y emperador de los indios, el Sr. Carlos V, que á la sazón gobernaba, y para que detestando sus torpes idolatrías, diesen la adoracion debida al Supremo Criador de cielo y tierra, único Dios verdadero, y á su Hijo unigénito Jesus, profesando por medio del santo bautismo su ley santísima. Oyéronle los indios con grande atencion, y prometieron con mucho rendimiento ejecutar cuanto se les mandase. Visto esto por el gobernador, la muchedumbre de gente y la gran bondad de ella y de la tierra, para mejor asegurarla determinó fabricar en ella un fuerte y fundar una villa con el título de San Miguel del Navito; y habiéndosele hecho ordenanzas, señaló para justicia mayor al capitán Melchor Diaz; para cura al Br. Álvaro Gutierrez; para pobladores á D. Pedro de Tobar, regidor mayor de la villa de Sahagun, y de la casa de Huélgamo; D. Diego López, veinticuatro de Sevilla; D. Estéban Martín, natural de Sevilla; Juan de Medina, Pedro de Nájera, el capitán D. Cristóbal de Tapia, Juan de Bastida, Lázaro de Cebreros, Maldonado Bravo, Pedro Álvarez, Alonso Mejía Escalante, Juan Hidalgo, de Plasencia, Diego de Mendoza el caballero, Pedro de Garnica, Pedro Cordero, Juan de Barca el que se ahorcó, Diego de Torres señor de Zavala, Juan de Soto, Juan de Mintanilla, Juan de Baeza, Álvaro de Arroyo, Sebastian de Évora, Alonso Cordero, Pedro de Armendia, Alonso de Ávila, Juan Muñoz el que se alzó, y Alonso Rodriguez. Á todos estos españoles dejó Nuño de Guzman en la nueva villa de San Miguel del Navito; aunque en el mismo año, que era el de treinta y dos, fué trasladada á Culiacan, que es en donde hasta hoy permanece.

CAPÍTULO XII.

De la conquista de Topia, Pánuco ó Guadiana, Petatlan, Tamachola, Sinaloa y rio de las Balsas.

Fundada la villa de San Miguel del Navito, y poco despues de Culiacan, D. Nuño de Guzman, por el mes de Octubre del año de mil quinientos treinta y dos, dividió su gente en tres compañías; la